

que ninguna otra comarca le puede disputar. A ese estado es á quien el Esposo de María confió su anillo nupcial, reliquia preciosa de cuya posesion se gloria la ciudad de Perusa ; tambien le ha dejado su capa y su baston , reliquias igualmente preciosas que se veneran en la iglesia de Santa Anastasia de Roma ; y al mismo estado, de concierto con su santísima Esposa, le legó la mas rica de las herencias, su pequeña casa de Nazaret, ese paraíso terrestre á donde la serpiente infernal jamás ha penetrado ; ese lugar de asilo y de refugio para todos los pecadores ; ese propiciatorio siempre lleno de gracias para todos los fieles ; ese santuario donde María fue concebida sin mancha, en donde el Verbo se hizo carne, y en donde pasó con María y con José casi todos los años de su vida mortal ¹.

¹ Todo el mundo conoce hoy la casa de Nazaret con el nombre de santa casa de Loreto.

CAPÍTULO X.

Motivo décimo, el ejemplo de un gran número de piadosos escritores.

Jamás, desde el nacimiento de la Iglesia, ha dejado Nuestro Señor de emplear la pluma de los cristianos en propagar en todos los climas la gloria de su divina Madre, y en hacer celebrar su felicidad por todas las generaciones, como ella misma lo habia predicho : *Beatam me dicent omnes generationes.* (Luc. 1). Del mismo modo, despues de algunos siglos, no cesa de suscitar nuevos escritores que procuran desenvolver los incomparables privilegios del digno esposo de María, del custodio fiel, del padre adoptivo de su Señor, cumpliéndose así literalmente este oráculo : *Qui custos est Domini sui glorificabitur.* (Prov. xxvii). Imposible es dudar que esta sentencia del Espíritu Santo se haya cumplido plenamente en la persona de san José, y mas cuando vemos que la Iglesia le dirige estos votos de alegría y felicitacion que resuenan del uno al otro polo : Los cánticos de todo el pueblo cristiano te

que ninguna otra comarca le puede dispu-

celebren en todo el universo : *Te cuncti resonent Christiadum chori.* (Himno del oficio).

Para persuadir y convencer nada es mas eficaz que los grandes ejemplos. Voy á citar algunos de los autores que han señalado su devocion y su celo en lo que han escrito en alabanza de san José. Nadie ignora que el Espíritu Santo es su primer panegirista, que trazó su elogio por mano de los Evangelistas. Si en pocas palabras encerró lo que quiso enseñarnos sobre la Virgen Madre, no es extraño que haya usado el mismo estilo respecto de su santo Esposo : mas lo poco que dictó á los escritores sagrados es una mina inagotable de tesóros capaces de llenar una infinidad de volúmenes. Hé aquí todo lo que se ha dicho de él : *José, esposo de María, Madre de Jesús... José, su esposo, fue un varon justo... José, hijo de David, no temais recibir á María... Le impondréis en nombre Jesús... Vuestro padre y yo... Jesús estaba sujeto á ellos...* Estas palabras, cada una de las cuales no parecen ser sino la obra de un rasgo de pluma, serán, para quien llegue á penetrar sus misteriosos sentidos, como las estrellas, que á los ojos del vulgo solo pare-

cen puntos luminosos, mientras que para los astrónomos son otros tantos soles de un grandor inmenso. Yo me contento con adorar en silencio las palabras del Espíritu de Dios, y dejo á otros el cuidado de descubrir el misterio, no con la pluma, sino con los rayos del sol, si es posible, pues que san Gregorio Nazianceno, deslumbrado con el brillo de las virtudes y prerogativas de san José, no pudo, á su solo aspecto, contener este grito de sorpresa y admiracion : « Sí, el « Señor ha reunido en José, como en un sol, « todo lo que los otros Santos han reunido « de luz y de esplendor. » *In Joseph velut in sole, omnium sanctorum lumina collocavit.*

Otro panegirista del santo Esposo de María fue la misma Virgen santa : ella misma quiso dictar su elogio á santa Brígida, que en esta ocasion sirvió como de secretaria á la Madre de Dios. Referiré algunos de los pasajes mas notables. « Tengo por cierto, dijo la « Virgen á la Santa, que José, antes de mi « matrimonio con él, habia sabido del Espí- « ritu Santo el voto de virginidad por el cual « yo me habia consagrado á Dios, y que yo « era pura en mis pensamientos, en mis pa-

que ninguna otra comarca le puede dispu-

«labras, y en mis acciones. Así es que él
«no se desposó conmigo sino con la mira
«de ser mi servidor, y considerarme como á
«su soberana. En cuanto á mí, yo veia cla-
«ramente, con la luz del Espíritu de Dios,
«que mi virginidad permanecería siempre
«pura y sin tacha, aunque en virtud de una
«misteriosa disposicion de la Providencia
«yo hubiese aceptado un esposo. José, ha-
«biendo advertido mi preñez milagrosa, se
«sorprendió extraordinariamente; pero no
«se permitió hacer contra mí ninguna suposi-
«cion desventajosa. Al contrario, recordan-
«do que los Profetas habian anunciado que
«el Hijo de Dios nacería de una Virgen, se
«consideró indigno de servir á la madre de
«ese Hijo; y lleno de ansiedad sobre el par-
«tido que debía tomar, vaciló permanecer
«conmigo. Mas el Ángel del Señor le apare-
«ció en sueños, y le dijo: *No abandones á*
«*esta Virgen que se te ha confiado: concibió por*
«*obra del Espíritu Santo, y el hijo que dé á*
«*luz será el Salvador del mundo.* Desde este
«momento José mas que nunca me consi-
«deró como su soberana, pero yo por mi
«parte llenaba respecto de él todos los de-

«beres de la mas humilde sierva. En medio
«de estos servicios y estos cuidados mútuos
«jamás oí salir de su boca una palabra de
«ligereza, de murmuracion ó de impacien-
«cia. Sufria la pobreza con una resignacion
«admirable: en la necesidad se entregaba
«sin descanso á los mas duros trabajos; se
«manifestaba lleno de mansedumbre y de
«dulzura con los que le ofendian; y, en fin,
«por lo que á mí toca, me servia con tanto
«respeto como afecto; y fue el custodio fiel
«de mi virginidad, y el irrecusable testigo
«de las maravillas que Dios obraba en mí.
«Además, estaba enteramente muerto á la
«carne y al mundo; y no respiraba sino por
«las cosas del cielo. Tenia una tan firme
«confianza en las promesas divinas, que fre-
«cuentemente le oia yo exclamar y decir:
«¡Ah! si yo deseo vivir, es solo para ver que
«se cumple la voluntad de Dios... Todos sus
«deseos, todos sus esfuerzos, realmente se
«reducian á cumplir esa admirable volun-
«tad; y por eso en el cielo tiene tan gran-
«de gloria ¹.» Tal es la narracion que Ma-
ría nos hace de la vida de su santo Esposo:

¹ Revelaciones, lib. VII, cap. 25 y 29.

que ninguna otra comarca le puede dispu-

es corta y sencilla, y por lo mismo puede compararse á las perlas y á los diamantes que son de pequeño volúmen pero de precio inestimable; en fin, está llena de cosas que, meditadas palabra por palabra, bastarian para encontrar en ellas materia á tantos panegíricos cuantas virtudes se atribuyen en ellas á san José.

Además de lo que santa Brígida ha escrito bajo la inspiracion de la Virgen María, puede decirse que todos los antiguos griegos y latinos han hablado, aunque con mas ó menos extension, de las virtudes y prerogativas de san José. Mas por lo que toca á los escritores modernos de los últimos siglos, necesario es que todos cedan la palma al célebre Gerson: sea por su antigüedad, sea por la excelencia de su doctrina, sea por la ternura y vivacidad de su devocion, merece sin disputa el primer rango entre los historiadores y panegiristas de san José¹. En efecto, segun lo observa un escritor moderno, todos los que, despues de Gerson, han emprendido celebrar á nuestro Santo, nada

¹ Por supuesto despues de santa Teresa, su mayor devota y celosa panegirista. (*N. del T.*)

importante han dicho que él no lo hubiese dicho antes. Citarémos algunos de los mas inmediatos al siglo en que él vivió.

El sábio Cardenal d'Ailly, cotemporáneo de Gerson. El piadoso Isidoro de la Isla, religioso dominico, de quien ya hemos hablado, y que escribia en 1522. El P. Barri, jesuita, de cuya obra se han hecho veinte y seis ediciones: la publicó en 1639, y la dedicó al mismo san José en reconocimiento de que por su proteccion él y todos sus hermanos de Lyon escaparon de los estragos de la peste que habia desolado la ciudad. El P. Binet, tambien jesuita, penetrado de la mas tierna devocion por el Santo que iba á glorificar, comienza por pedirle perdon para él, y luego para todos los habitantes de la tierra, que tanto tiempo han tardado en honrar sus virtudes, é implorar su proteccion: «¡Puedan los siglos futuros, añadia, podamos nosotros mismos, multiplicando los homenajes que os ofrecemos, suplir los que se os han dejado de tributar en los siglos pasados!»

Tambien pueden consultarse el venerable Pedro Canisio, Francisco Suarez, Estéban

que ninguna otra comarca le puede dispu-

Menochio, Bollandó, todos de la Compañía de Jesús; en fin, los comentadores del Nuevo Testamento, y los autores que han escrito la vida de Jesucristo ó de la santa Virgen. No hay uno solo entre ellos que no haya hablado de san José en términos magníficos, y que no haya contribuido con todo su poder á ensalzar su preeminencia entre todos los Santos. ¡Oh! si el piadoso Isidoro de la Isla, que, como lo hemos dicho, se consolaba con la esperanza de que un día el Señor emplearía la lengua y la pluma de los sábios mas recomendables en celebrar las alabanzas de nuestro gran Santo, viniese hoy día al mundo, ¡cuánto no seria su gozo al ver cumplido su voto mas ardiente, y poder numerar á la época en que yo escribo (1709), es decir, en menos de trescientos años, comenzando por Gerson, mas de trescientos autores, historiadores y panegiristas de san José ¹!

¹ Entre estos escritores puede y debe numerarse el venerable P. Fr. Jerónimo Gracian de la Madre de Dios, primer provincial de los Carmelitas descalzos de España, que dió á luz un precioso opúsculo intitulado: *Excellencias del señor san José*, traducido últimamente al francés.

CAPÍTULO XI.

Motivo undécimo, el ejemplo de los personajes mas notables por su virtud.

Me parece que por las once estrellas que adoraron al antiguo José ha querido Dios figurar algunos personajes de la ley nueva que en los últimos tiempos debian señalarse por los singulares homenajes que tributasen al segundo José. No repetiremos lo que al principio de esta obra hemos dicho, sobre el sol de justicia y la luna mística, es decir, sobre Jesús y María, que de consuno tributaban á José el homenaje mas brillante, y á la vez mas humilde que jamás se ha visto, el de una perfecta obediencia á todas sus voluntades y á todos sus deseos. Lo que sí vamos á designar aquí, son las once estrellas que se reunen al derredor de nuestro Santo, no para eclipsarle, sino mas bien para aumentar su brillo, y ceñirle una auréola de gloria.

La primera de esas estrellas que apareció sobre el horizonte fue, como en otra parte lo hemos dicho, el ilustre canciller Gerson: